

profunda decadencia del arte, pues son incorrectos, groseros y faltos de gusto. Otros del mismo arco son mucho mejores, porque datan de la época de Trajano, habiéndose sacado el material principal de monumentos de este emperador. Esta profanación era una costumbre, corriente entonces ya desde algunos siglos; y así se quitaba la cabeza a las estatuas de emperadores muertos y se la reemplazaba por la del emperador reinante, ejecutándose análoga operación con las inscripciones.

También, entre otras varias obras, construyó en Roma Constantino nuevas termas en el Quirinal y hermoseó el Circo Máximo.

Pero los actos más importantes del emperador Constantino en estos años de paz fueron los que se relacionaron con la iglesia cristiana, a la cual y a sus representantes se fue acercando gradualmente, a medida que se afirmaba mas en su ánimo la idea de que la Iglesia, por lo unida que estaba, debía ser, bien dirigida, un órgano magnífico para robustecer la unidad del imperio, cuyo restablecimiento era su ambición principal. A este fin hizo todo cuanto pudo para fomentar y vigorizar la iglesia cristiana, a la cual después de haberla hecho reconocer como corporación y persona jurídica, concedió en el año 321 el precioso derecho de heredar. Sin pensar todavía en hacerse públicamente adepto ni catecúmeno de la Iglesia, a pesar de ser cristiana su madre Elena, entabló relaciones estrechas con los obispos, los cuales le explicaron los misterios de la religión y el tema de las polémicas y controversias que nacieron entre los cristianos apenas hubo cesado la terrible persecución. No contento con lo que había hecho ya a favor de la iglesia y del clero, sin contar las muchas liberalidades particulares, eximió a la primera de contribuciones en 313 y al segundo de todos los cargos públicos, y en 319 declaró también exento al clero en particular de la temida carga de decurion municipal. Este último privilegio atrajo tantas personas opulentas a la carrera eclesiástica que el emperador tuvo que dificultar por un decreto al año siguiente, en 320, la admisión de tanto pretendiente. Si estas concesiones eran preciosas, no lo fue menos la parte de un derecho temporal, la jurisdicción civil inapelable de los obispos cuando los cristianos preferían acudir a ellos en sus litigios, como podían hacerlo a voluntad. Hasta entonces los cristianos habían tenido, como muchos siglos después tuvieron los griegos bajo el dominio turco, la costumbre de llevar sus litigios antes que a los tribunales civiles y no cristianos, al arbitraje de su respectivo obispo, de cuyo fallo podían apelar siempre al juez civil. Pues bien, Constantino acabó con esta apelación para impedir tanto conflicto jurisdiccional entre los obispos y los jueces civiles, declarando tan definitivo el fallo de los obispos como si procediese del mismo emperador, para los litigantes que hubiesen preferido la justicia episcopal a la civil. Ordenó también una especie de santificación del domingo, en cuyo día no debía trabajarse en los oficios manuales ni debían funcionar los tribunales. Esta prescripción no era obligatoria para los paganos; mas para el ejército se dispuso una oración monoteísta, de tal suerte que pudiesen rezarla los domingos sin escrúpulo los soldados paganos y cristianos.

Las excisiones en el seno de la iglesia cristiana dieron mucho que hacer al emperador, como había sucedido ya a otros emperadores benévolos, tan pronto como cesó la persecución de los cristianos. Estos, por efecto de la misma persecución, al lado de innumerables ejemplos de constancia y fe sobrehumanas habían adquirido también pasiones profanas, como el odio, el deseo desenfrenado de venganza y la alegría y mofa a la vista de las desgracias de sus adversarios, como lo prueba la famosa obra de Lactancio: *De la*

muerte de los perseguidores. Esta obra, que apareció a fines del año 313 ó a principios del año siguiente, refiere con feroz fanatismo, que no cede en nada a la brutalidad de los antiguos para con los contrarios vencidos ó difuntos, la muerte de todos los perseguidores de los cristianos, desde Nerón hasta Galerio y Maximino Daya. Esta sed de venganza sañuda se fue arraigando desde la victoria del cristianismo juntamente con el espíritu de persecución a los que profesaban otras creencias, hasta llegar a ser un rasgo dominante en la iglesia cristiana.

Antes de que la iglesia cristiana pudiese declarar la guerra al mundo antiguo en tiempo de los sucesores de Constantino, habíase formado un partido perseguidor feroz contra aquellos miembros de la comunidad que en las épocas de persecución se habían mostrado flacos y cobardes, y hasta contra aquellos que por medios permitidos, por mera prudencia cristiana, se habían librado del martirio. Este partido se mostró más fanático y más irreconciliable en Africa ya en tiempo de Maxencio. Allí lo representó entonces el obispo Donato, el cual dió lugar al cisma donatista que cubrió aquella región de sangre y ruinas hasta durante el dominio de los vándalos, porque los fanáticos para saciar su furor en los demás cristianos, excitaron contra ellos a la población rural de Numidia y Mauritania, que ya naturalmente estaba exasperada como los bagaudos por las insostenibles cargas y vejaciones que sufría.

Cuando Constantino se hubo apoderado también del Africa después de la muerte de Maxencio, hizo cuanto pudo para levantar a este país de su ruina; reedificó la gran capital central Cirta, a la cual llamó después Constantina, y dió el nombre de Numidia Constantina a la provincia cuyo centro especial era aquella ciudad. Entonces los diferentes partidos cristianos, que no podían entenderse entre sí, apelaron al fallo del emperador en la causa que había dado lugar al cisma, y que era la elección del obispo de Cartago, para cuya silla los unos querían a Ceciliano y otros primero a Mayorino y después al ya citado Donato. El emperador, después de oír a varios sinodos, decidióse por Ceciliano; pero cuando después se emplearon medidas coercitivas contra los donatistas y se derribaron algunas de sus iglesias, éstos se sublevaron, y excitando a los habitantes rurales, conforme ya dijimos, y formando una hueste guiada por una secta política religiosa llamada de los *circumceliones*, cometieron tales excesos y mostraron un valor tan a prueba de todos los martirios, que el emperador se propuso no mezclarse mas como árbitro en cuestiones religiosas. Desde aquel momento, cuando no pudo menos de declararse por un partido, lo hizo sin darle ninguna autoridad para proceder contra el partido adverso. Con mucha habilidad se salió al fin del compromiso africano, amonestando a ambos partidos para que mostrasen tolerancia y caridad cristiana, y dando él mismo el ejemplo restituyendo su completa libertad de culto a la secta donatista.

Gran contraste formó con esta política la religiosa de Licinio, que redundó en su propio daño. Esta política, y probablemente los largos trabajos de zapa de Constantino contra su co-emperador, han sido causa de que las noticias que respecto de Licinio han llegado a nosotros nos lo presenten peor de lo que era en realidad. Según parece, Licinio hizo mucho para mejorar la situación de la infortunada población rural y para fomentar la prosperidad de las ciudades; y aunque aquel rudo militar fue enemigo de las ciencias, tal enemistad no era en aquella época sino achaque común a muchos otros. Podrá ser muy cierto que no habiendo retrocedido ante el brutal asesinato de las familias de los tres emperadores difuntos, tampoco habría tenido escrúpulos para cometer

ó dejar cometer otros crímenes que le convinieran; pero no es probable que, habiendo tenido siempre un método de vida arreglado, se volviera de repente brutalmente vicioso, como han dicho sus enemigos. Su desgracia estuvo en lo errado que anduvo en la cuestión religiosa.

Es más que probable que desaprobaba las extraordinarias concesiones que a la Iglesia hizo Constantino, cuya ambición insaciable, por otra parte, le constaba seguramente desde la primera guerra que sostuvo con él; y finalmente, si bien de todo esto nos faltan datos, debió de observar que la prosperidad de la iglesia cristiana en las provincias de Constantino enardecía en las provincias orientales el deseo de los cristianos de ser también súbditos de aquel emperador, deseo que ni siquiera se tomaban el trabajo de ocultar. Esto hizo que Licinio viera en ellos adversarios suyos y partidarios de su competidor, y entonces cometió la falta gravísima de molestar y oprimir, desde el año 319, a los cristianos, sirviéndose de medios que acabaron de enajenarle el afecto de sus súbditos de esta religión, los cuales mas que nunca se hicieron partidarios de su rival. No organizó Licinio persecuciones, porque estas habrían indignado a sus súbditos paganos, que todavía se acordaban con horror y repugnancia de las escenas sangrientas del tiempo de Galerio y Maximino, cuanto mas que tales persecuciones habrían sido inútiles; pero en cambio empleó una multitud de vejaciones que a veces tomaron el carácter de persecución y exacerbaron a los cristianos. No quiso cristianos en su corte ni en la administración, y los destituyó por los motivos más fútiles; los oficiales del ejército que no querían tomar parte en los sacrificios fueron privados de sus grados; todos los sínodos de los obispos, que le parecían sospechosos bajo el punto de vista político, fueron prohibidos, y con pretextos los mas estrambóticos prohibió el culto cristiano en las ciudades, especialmente en Nicomedia, teniendo que celebrarlo los fieles en el campo. Prohibió también a los obispos salir de los límites de su respectiva diócesis y mandó que las mujeres cristianas fuesen catequizadas no por sacerdotes sino por maestras. No se sabe, y es dudoso, que los cristianos sufrieran entonces el martirio; pero en el Ponto fueron destruidas ó cerradas varias iglesias, y es cierto también que hubo prisiones, confiscaciones, destierros, condenas a trabajos forzados en las minas y venta de cristianos libres por esclavos, aplicándose estas penas también a personas instruidas y distinguidas. A esta situación angustiosa añádióse la excitación que entre los cristianos provocó la contienda dogmática relativa a la doctrina de Arrio de Alejandría.

Tal era la situación interior en las provincias de Licinio cuando ocurrió una nueva ruptura entre él y Constantino, que dió lugar a la lucha definitiva entre ambos co-emperadores.

Constantino, estando todavía aparentemente en buenas relaciones con Licinio, había nombrado césares, en 1.º de marzo, a su hijo mayor Crispo, de su primera esposa Minervina, y al menor, llamado también Constantino, que había dado a luz en Arles su segunda esposa Fausta, a fines del año 316 ó en febrero de 317. Al propio tiempo, Licinio nombró por su parte César a su hijo Liciniano, que a la sazón contaba solo un año y ocho meses. Crispo tenía entonces de 16 a 18 años, y mostraba grandes disposiciones, como digno hijo de su padre. Constantino le encargó el gobierno de la Galia, mientras él mismo se trasladó a la provincia de Iliria y estableció su residencia en Sirmio. En el año 320 consiguó Crispo grandes ventajas sobre los francos y probablemente también sobre los alemanos en las comarcas del Rin, y al año siguiente presentóse con estos laudes en Sirmio a su padre, el cual pronto le encargó misiones todavía más importantes.

Entretanto estalló una nueva guerra en el Bajo Danubio que ocupó al parecer al emperador en los años 321 y 322. Los yazigios y sármatas atacaron a los romanos cerca del Danubio, mas abajo de Buda-Pest, y fueron derrotados. Vinieron a juntarse entonces los godos, arcaudillados por Rausimuto, que quiso atacar la plaza de Bononia, situada cerca de la actual fortaleza de Widin (había otro punto fortificado llamado también Bononia donde hoy está Neusatz) (1); pero Constantino derrotó a los bárbaros, los persiguió hasta el otro lado del Danubio, y allí en su territorio les impuso la paz, después de otra derrota. En estas operaciones había penetrado Constantino con sus fuerzas en el territorio de Licinio, en el cual se habían internado probablemente también los godos; y esto acabó de enconar el odio del co-emperador, exasperado ya por las insidias y extralimitaciones de Constantino. La tirantez entre los dos llegó con esto a su último extremo; la ruptura pendía de un hilo, y las disposiciones que Constantino tomó, no dejaron duda a nadie de que la guerra estaba decidida y era inminente. Constantino, apenas concluida la campaña contra los sármatas y godos, estableció a mediados del año 322 su residencia en Salónica, donde construyó un gran puerto de guerra, haciendo simultáneamente formidables armamentos marítimos y terrestres, a los cuales respondió Licinio con otros análogos. El Pireo, el puerto de Atenas, cuya ciudad había recibido ya de Constantino muchos favores y muestras de afecto, no había visto desde siglos reunida en sus aguas una escuadra tan numerosa de buques de combate y de transporte sacados de todos los puertos griegos de los dominios de Constantino; pero Licinio no se quedó atrás, y reunió otra armada poderosísima, procedente de sus puertos de Levante, en el mar de Mármara.

En la primavera del año 323 ambos emperadores arrojaron la máscara y se declararon la guerra, que esta vez, mucho mas que la del año 312, no fue solamente entre dos co-emperadores ambiciosos que se disputaban el gobierno único del imperio, sino también entre dos grandes principios, el del mundo antiguo pagano y el del mundo cristiano moderno. Licinio, con su carácter irritable de soldado, volvió a ser pagano antiguo y acérrimo, se rodeó de magos egipcios, sacerdotes sacrificadores y farsantes religiosos, consultó a los augures y a los oráculos y sabios en materia de ensueños, y declaró que la próxima guerra era la decisiva entre los dioses antiguos y el «nuevo Dios extranjero.» Así fue en efecto.

Ambos emperadores habían reunido fuerzas tan formidables como apenas se habían visto en tiempo de Septimio Severo. En ambos ejércitos había numerosos contingentes de guerreros germánicos; en el de Constantino germanos del Rin y godos, y en el de Licinio godos. Constantino contaba con ciento veinte mil hombres de infantería terrestre, y diez mil entre caballería y soldados de marina, con doscientos buques de guerra y dos mil de transporte. Licinio tenía en Tracia ciento cincuenta mil infantes y quince mil caballos del Asia Menor, reunidos cerca de Adrianópolis, y en el mar de Mármara trescientos cincuenta buques de combate, mandados por el almirante Amando ó Abanto. Habiendo llegado la escuadra de Constantino, mandada por su hijo Crispo, a las aguas de Salónica, el padre con su ejército protegido y escoltado por los buques de su hijo, marchó siguiendo la costa a la Tracia. Desde allí subió por el valle del Maritza y atacó a su contrario, que había ocupado con incomparable pericia magníficas posiciones cerca de Adrianópolis. Ambos capitanes y ejércitos se portaron brillantemente; pero al cabo de algun tiempo Constantino ejecutó un arduo movimiento

(1) El nombre oficial húngaro es *Uj-Videk*.

envolvente con el cual obligó al enemigo á aceptar la batalla general. Constantino, aunque herido, tomó por asalto el campamento fortificado de Licinio y quedó dueño del campo. Una parte de las fuerzas enemigas se entregó; treinta y cuatro mil cadáveres cubrieron el campo, y Licinio se retiró con el resto de sus fuerzas á Bizancio, para continuar desde allí la guerra con tenacidad. Pero allí, mientras Constantino le bloqueaba por tierra, su hijo Crispo penetró por su orden con la armada en el mar de Mármara y derrotó cerca de Galipoli á la del enemigo, el cual al día siguiente en una tempestad que sobrevino perdió una gran parte de sus buques con un gran número de tropas que Licinio había hecho embarcar para enviarlas al Asia. Esta desgracia le indujo á embarcarse con el grueso de sus fuerzas, pasar los Dardanelos y hacerse fuerte en Calcedonia, abandonando á Bizancio á su enemigo. Para reunir un nuevo ejército nombró césar á su ministro canciller Martiniano, y le dió el encargo de vigilar con numerosas fuerzas desde Lampsaco los Dardanelos y el mar de Mármara.

Pronto tuvo reunido Licinio otro ejército imponente, saca-



Licinio

do de las provincias orientales, y por medio de enganches entre los godos. Constantino entre tanto no se entretuvo en sitiar plazas fuertes, sino que pasó el Bósforo y se estableció en Hieron, hoy Anadoli-Havak. Entonces Licinio llamó á toda prisa á Martiniano con sus fuerzas, y una vez reunidas ambas, en 18 de setiembre de 323 libraron los dos rivales otra batalla campal, cerca de Crisópolis, en la cual quedó Licinio derrotado tan completamente que dejó unos 25,000 muertos en el campo, y cuando llegó á Nicomedia no tenía ya de sus 150,000 hombres sino 30,000. Bizancio y Calcedonia se entregaron al vencedor, el cual en seguida puso sitio á Nicomedia. Licinio entró en negociaciones con su rival por medio de su esposa Constancia, y ésta recabó de su hermano la vida de su esposo, bajo la condicion de renunciar á la púrpura imperial y retirarse á Salónica, á donde se retiró en efecto.

Constantino había quedado emperador único en todo el vasto ámbito del imperio romano; y para halagar á los cristianos conmemoró su victoria sobre Licinio con un gran cuadro simbólico, pintado al encausto, en un punto extramuros de Roma, en el cual estaban representados el emperador y sus hijos, á sus piés, el vencido en forma de dragon retorciéndose, con el cuerpo atravesado de flechas, al borde de un abismo, y encima de todos el signo de la cruz. A sus nuevos súbditos de las provincias orientales hizo partícipes inmediatamente de las ventajas de su política religiosa por medio de dos edictos que en el fondo reproducían el de Milan, pero con mas precision. Al mismo tiempo hizo lo posible para reparar los males que las persecuciones anteriores habían causado á la Iglesia y á los cristianos. En los mismos edictos insistió en declarar que todos tenían libertad completa en materia religiosa y que el culto de los templos antiguos no quedaba abolido, como se había supuesto erróneamente, si bien él aconsejaría á todos entrar en la religion pura é inmaculada de Cristo, si el error no estuviera tan profundamente arraigado en el corazon de muchos. Además, cosa que no había hecho en el edicto de Milan, calificó al paga-

nismo como una *opinion impía y un poder de las tinieblas*, pero añadía: «Los que están en el error conserven sus templos mentirosos, porque no debe obligarse á nadie con castigos á luchar por la vida eterna; pero los que no quieran salvarse no culpen despues á otros, porque el remedio se ofrece públicamente á todo el mundo; y sobre todo, que se guarden todos de despreciar la religion verdadera.»

Se vé, pues, que estos edictos están animados todavía del espíritu de tolerancia, y sostienen el principio de la libertad de conciencia y del culto. Pronto se presentó al emperador la ocasion de atraer á su servicio la Iglesia, á la cual había puesto en camino de ser imperante y exclusiva.

Por desgracia, creyó no poder reinar tranquilo mientras viviera su ex-competidor Licinio, y para librarse de este temor hizo lo que habían de condenar todas las personas nobles, tanto cristianas como paganas: faltó á la palabra dada á su hermana, y despues de un corto plazo de gracia, hizo estrangular en Salónica, en mayo de 324, á su destronado enemigo y cuñado Licinio.

CAPITULO III

CONSTANTINO EL GRANDE EMPERADOR ÚNICO

El gran hijo del noble Constancio Cloro había llegado á la meta de su ardiente ambicion á fuerza de largas luchas y terribles esfuerzos, continuados por muchos años con energia y acierto. Su nuevo reinado fué trascendental, no solamente para el porvenir del imperio romano sino tambien para todo el Occidente. Lo que de él tenemos que referir no son ya campañas sabiamente combinadas ni formidables batallas, sino trabajos pacíficos. Veremos á este emperador terciando como moderador en las apasionadas luchas entre los diferentes partidos que se iban formando en la iglesia cristiana, le veremos siendo fundador de una nueva capital del mundo civilizado, y finalmente le veremos organizar administrativa y militarmente el colosal imperio sobre las bases ideadas por Diocleciano.

Desde el año 312 había ido marchando adelante sin interrupcion la reforma interior del imperio; pero á la muerte de Licinio la situacion de la iglesia cristiana obligó al emperador á dar un paso de importancia extraordinaria. Ya hemos visto que la comunidad cristiana había salido de la larga era de las persecuciones con muy diverso carácter del que antes tenía. La Iglesia vencedora, gracias á la constancia inquebrantable y á la firmísima fe de sus adeptos, gracias tambien á la proteccion del poderosísimo Constantino y á la seguridad de no tener que sufrir nuevas persecuciones, porque la experiencia de los últimos veinte años había demostrado su completa inutilidad, vió afluir á su seno en muchas partes del imperio grandes masas de nuevos adeptos, no siempre movidos por el impulso de la fe interior sino en gran parte por motivos exteriores. Al propio tiempo por desgracia iba visiblemente menguando la fuerza moral regeneradora y asimiladora de la Iglesia, mientras sus prohombres instruidos empleaban su inteligencia y saber en controversias dogmáticas. Los cristianos, sin dejar de dar fervientes gracias á Dios por haber conducido á la Iglesia á este punto y haberla protegido, estaban persuadidos con orgullo mundano de su fuerza moral y material. Este orgullo despertó en ellos desde el primer instante el sentimiento de la intolerancia apasionada y siempre creciente contra el paganismo y sus manifestaciones exteriores, y al mismo tiempo nacieron en el seno mismo de la Iglesia terribles contiendas sobre los misterios mas recónditos de la fe y sobre elucubraciones especulativas dogmáticas.

Una de estas grandes contiendas conmovia la Iglesia en el Oriente cuando Constantino se apoderó de los Estados de Licinio. La Iglesia había entrado en el período en que empezó la formacion de sus dogmas. La inteligencia vivísima y la inclinacion antigua de la raza griega y de los pueblos grecizados á especulaciones filosóficas, se aplicaron tambien gradualmente al cristianismo; pero hasta la época de que ahora hablamos había predominado la parte moral de la religion, y si no faltaron opiniones divergentes que engendraron violentas contiendas en los siglos II y III, había habido siempre bastante piedad y cordura para evitar excisiones y cismas permanentes. Pero en tiempo de Licinio, la cuestion de la persona de Cristo había suscitado una contienda que con increíble rapidez dividió la Iglesia en dos campos enemigos y que tuvo consecuencias inmensas para el desenvolvimiento político de los habitantes del imperio y hasta de los pueblos germánicos.

El presbítero Arrio, en Alejandría, hombre de vida severamente ascética, erudito, inteligente y sagaz, muy instruido en la filosofía griega y gran dialéctico, había estudiado con ardor ya en el siglo III la cuestion, entonces muy discutida, de la relacion entre Dios Hijo y Dios Padre; y tratando de fundarla sobre un principio fijo y palpable, había llegado por la dialéctica al resultado de que Jesucristo, Dios, Dios verdadero y de nacimiento anterior á los tiempos, no podia ser considerado *como eterno*, porque había habido un *antes* de su existencia, porque si bien anterior al mundo, había sido creado por un acto de la voluntad de Dios Padre.

Esta teoría, que Arrio predicó en su iglesia parroquial, siempre llena de fieles, originó por los años 318 y 319 un violento conflicto entre Arrio y su obispo Alejandro, que defendió vivamente una opinion contraria, análoga á la del símbolo posterior llamado de Nicea. Este conflicto dividió en poquísimo tiempo la iglesia de Alejandría en dos campos que se hacían una guerra violenta. El obispo cometió la imprudencia de hacer destituir al presbítero por un sínodo de obispos de Egipto y de Libia, reunido en el año 321, con lo cual no hizo mas que atizar el fuego, porque Arrio defendió su teoría en una obra, y además compuso cánticos religiosos de su doctrina que se hicieron luego populares y se extendieron aun á comarcas lejanas. La contienda se comunicó con rapidez pasmosa á todas las clases sociales del mundo cristiano en el Oriente, sin exceptuar las mas ínfimas, y en Nicomedia y su comarca el obispo Eusebio y sus partidarios se declararon por Arrio.

Cuando Constantino se hizo emperador único, en el año 324, había llegado el cisma á un grado aterrador, con gran satisfaccion de los gentiles, que ridiculizaron esta disputa en su teatro. Con la subida de Constantino y con la fusion de la iglesia cristiana y de sus intereses con el imperio y los suyos, adquirió la contienda nueva importancia, y la política imperial tuvo que influir forzosamente en ella. Constantino comprendió en seguida la línea de conducta que le tocaba seguir, y aprovechando el cisma, logró someter á sus planes políticos á la Iglesia vencedora y hacer de ella un instrumento importante de su autoridad imperial. Decidió á restablecer la concordia y á conservar la unidad del imperio juntamente con la de la Iglesia, excitó á los dos partidos á la paz y á dejarse de «disputas vanas sobre cosas insondables;» pero no consiguió absolutamente nada; y como al parecer no había otra esperanza de restablecer la concordia sino sentando acerca de la calidad de Hijo de Jesucristo, una doctrina aceptable y que fuese aceptada por todos, resolvió encargar la decision de la controversia á un *concilio general*, reunion que á la vez le ofrecía la ventaja de ponerse en relacion personal con los prohombres de la iglesia cris-

tiana de Oriente. El lugar de la reunion fué Nicea, en Bitinia, donde se congregaron en el mes de junio del año 325, por invitacion del emperador, 318 obispos, casi todos del Oriente, excepto siete ú ocho del Occidente. La iglesia de Roma estaba representada por dos presbíteros. Los obispos no acudieron solos, sino acompañados cada uno de un séquito numeroso de eclesiásticos, y además se presentaron en Nicea muchos seculares, maestros en dialéctica. Era indudablemente un inmenso suceso histórico esta reunion de tantos varones, que en gran parte habían atravesado firme y gloriosamente largos años de persecuciones y de peligros terribles, y que representaban idealmente la iglesia cristiana y su unidad, así como la union de esta Iglesia con el poderoso imperio. Mas, pronto se vió que esta misma iglesia había renunciado á su independencia primitiva y había entrado en un período nuevo, en el cual el poder terrenal, el imperial, empezó á ejercer influencia sobre su vida interior y aun sobre su esencia dogmática. Entonces se vió que el emperador, sin ser miembro de la Iglesia, ni siquiera exteriormente, era el centro directivo de los debates. El había convocado este primer concilio ecuménico fijando lugar y tiempo de la reunion, lo cual continuó siendo en adelante privilegio de la corona; y él abrió y presidió los debates y así quedó establecida esta costumbre en adelante, de tal suerte, que cuando los emperadores no podían ó no querían abrir y presidir personalmente estas asambleas, enviaban en su lugar delegados. Además, sobre la decision dogmática final de este concilio ejerció Constantino una influencia decisiva.

El concilio se dividió muy pronto en tres agrupaciones principales: la primera era la acaudillada por Arrio, no muy numerosa, pero compuesta de partidarios mas rígidos; la segunda, adversaria de la primera, tampoco excesivamente numerosa, estaba dirigida por el obispo español Osio de Córdoba y por el joven diácono del obispo de Alejandría, el celeberrimo Atanasio, el representante mas ilustre de la ortodoxia de aquel tiempo y el primer gran prelado de la Iglesia antigua, orador brillante y de númen, defensor entusiasta y ferviente de sus convicciones y en general hombre de dotes brillantísimas. El partido de estos dos varones defendía *la eternidad de Dios Hijo, su generacion en la eternidad*, y como consecuencia la anulacion de la condicion finita de su esencia, como sér creado por la misma eternidad de su ser. A este misterio insondable de la eternidad igual del Padre y del Hijo, dió este partido el nombre griego de *homusio*, que significa *de esencia igual*, palabra inventada expresamente para el caso, pues que no figura en la Sagrada Escritura. Entre ambos partidos estaba la gran masa de los menos decididos, que como los secuaces de Eusebio de Nicomedia, se inclinaban en gran parte al arrianismo, pero estaban dispuestos á contentarse con un credo mas general. Las discusiones se fueron acalorando gradualmente hasta que el emperador interpuso su influencia. Durante algun tiempo Constantino se inclinó al partido de Arrio; pero al fin conquistaron su voluntad los homusianos, cuyo jefe el obispo Osio de Córdoba estaba desde muchos años estrechamente relacionado con el emperador. Una vez declarado formalmente Constantino por la fórmula homusiana, fué esta aceptada con algunas adiciones en el *símbolo de Nicea*; y como la gran masa de los reunidos mostrara repugnancia á admitir una fórmula que hasta entonces había sido el dogma teórico de una minoría, el emperador venció aquella oposicion con su amabilidad, su paciencia y humildad, y con sus ruegos y su elocuencia seductora. Los mas tercos, entre ellos el obispo Eusebio de Nicomedia, firmaron cuando el emperador les hizo entrever que de no hacerlo perderían